

nera decidida a la vida intelectual del país, rompiendo las formas clásicas imitadoras, procurando otras formas de expresión, sincréticas y propias de la tierra americana aunque rotundamente universales, cuyos influjos sobreviven con dinámica hasta nuestros días. El pensamiento de Jorge Gaitán Durán, Héctor Rojas Herazo, Fernando Charry Lara, Eduardo Cote Lamus y Pedro Gómez Valderrama, constituyen una mirada a la realidad colombiana, haciendo de la poesía un ejercicio interior, dialogante, cálido, renovador y vigoroso. Aquí la creación de Aurelio Arturo tuvo gran eco y acogida. No olvidamos las vertientes y fuentes asumidas por Arturo en la confección de su obra: la Biblia, Homero, Saint-John Perse, O. Lubicz Milosz, Milton, Coleridge, Shelley, Emerson, Whitman, Wallace Stevens, Huidobro, Silva. "Es así como se rompe con las formas clásicas y almibaradas buscando otros matices y otros ritmos, mas íntimos e imaginativos, acordes con la sensibilidad y el pensamiento americanos de una época".



Sin embargo, Goyes Narváez cae en la inexactitud de otros ensayistas al considerar la poesía de Arturo como "original" y aislada de la creación poética de Hispanoamérica y el mundo, hecho ya evidenciado por Martha Canfield, quien da cuenta de sus conexiones fundamentales. De igual manera y frente a una pesquisa seria, no es necesario poner énfasis en la ubicación geográfica de su "paraíso verde del sur", pues la significación universal sobrepasa toda circunstancialidad local, y dado que, como lo afirma Valéry, "la biografía es inútil y perjudicial para el estudio literario".

Reconocemos, eso sí, además de la contextualidad histórica y literaria, el

análisis de elementos claves en la poesía arturiana, indagaciones que giran alrededor de sus fragmentaciones, convergencias, unidad, espacialidad, totalidad, lectura anafórica, pulsión simbólica, las vivencias nominativas, la voz y la mirada, la relación textual con la realidad social y la presentación de una completa bibliografía acerca de la obra de Aurelio Arturo.

GABRIEL ARTURO CASTRO

No hay otro cielo y otro infierno que los deparados por la historia

Las claves secretas

Eduardo Gómez

Trilce Editores, Santafé de Bogotá, 1998, 100 págs.

La poesía de Eduardo Gómez (Miraflores [Boyacá], 1932), penetradora y develadora, logra diluir la densidad conceptual en la expresión lírica. Su palabra poética tiene el poder de presentar al ojo, al oído y finalmente al pensamiento lo que el hombre moderno como "imagen luminosa" hace en su efímera historia. Eduardo Gómez es un poeta sereno; su poesía, rigurosa y vigilante, entraña una vasta síntesis. Imágenes y conceptos van ligados interactuando en el flujo discursivo.

Su último libro —como el mismo título lo indica— nos presenta *Las claves secretas* de su poética. Cada poema exige una lectura intensa. Lo que merece atención no es el acto reiterativo, sino la envergadura de lo que reitera. Eduardo Gómez es consciente de la castidad y la belleza de la reiteración. Qué otra cosa es la poesía, sino ese volver a los territorios queridos, a los orígenes, a la infancia. "Ser viejo es regresar, y yo he vuelto a ser niño", afirmaba el poeta chino Han Yu.

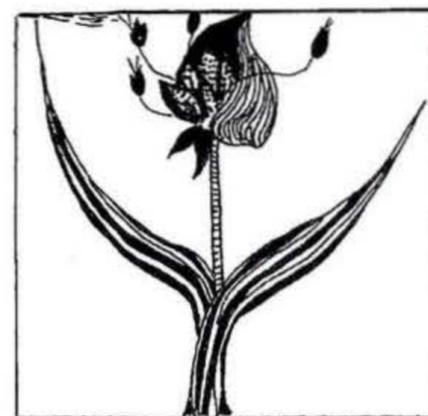
Las claves secretas marcan precisamente en la obra de Eduardo Gómez el punto consciente de los ajustes de cuen-

tas consigo mismo, el punto en que es necesario abandonar "las intimidaciones del poder y la muerte" (*Balance final*). Un equilibrio reposado entre música, palabra y concepto contiene esta poesía calificada de filosófica, histórica y aun de fenomenológica. El libro, desprovisto de todo lastre verbal, comienza con tres evocaciones del silencio: *Alucinación de los procesos*, *Los mensajes del silencio* e *Invitación al silencio*. El silencio como principio y fin de esta aventura:

*La cigarra que ahora canta
viene de otra que cantaba hace
[mil años
y así de cántico en cántico
[retrocedemos al Silencio.
[Alucinación de los procesos,
pág. 11]*

Espiritualismo y sensualidad, amor a la palabra y a la naturaleza, deseo e inocencia del adolescente, anhelo de un ordenamiento religioso del vivir humano, son paradigmas que en la poesía de Eduardo Gómez no se contradicen sino que se funden en una suerte de torrente de imágenes, íntimamente cohesionadas, que apenas conceden al lector ocasión para algún descanso:

*No hay otro cielo ni otro
[infierno
que los deparados por la
[historia.
[Enigma en tierra firme,
pág. 89]*



El caso de Eduardo Gómez en la poesía colombiana es particular, más bien marginal. Habría que ubicarlo entre los epígonos del grupo de Mito. Su primer libro, *Restauración de la palabra* (1969), ya lo situaba dentro de esa estirpe de escritores neohumanistas, pre-

ocupados por la situación del lenguaje. Esta indagación lingüística se mantiene en sus siguientes poemarios: *El continente de los muertos* (1975), *Movimientos sinfónicos* (1980), *El viajero innumerable* (1985) e *Historia baladesca de un poeta* (1988).



Herencia crítica, lingüística y estética que proviene de autores clásicos tan disímiles como Neruda, T. Mann, Proust, Baudelaire, Goethe, Nietzsche, Brecht o Marx. El resultado es una poesía de cuño romántico-expresionista en donde se mezclan la ironía y la metáfora. Poesía nutrida de un saber tanto científico como filosófico. Poesía con la decisiva influencia de dos mundos. Disciplina verbal y nominativa que es capaz de rechazar cierta convencionalidad lírica:

*Gastado dulcemente por
[costumbres exangües
avizorando abismos sin retorno
en los días rápidos y repetidos
[como olas
elaboro fuegos fatuos e
[infiernos a la medida.
[Felicidad cotidiana, pág. 65]*

Al final y como emblema recurrente, la desesperanza. En un tono autobiográfico —tocado casi por la prosa— el yo lírico recorre cada página en una angustia contenida:

*Maldito y sereno entre asesinos
ladrones, negociantes y
[estafadores
logro cantar con pureza
[melancólica.
[Retrato, pág. 47]*

Introspección, análisis, reflexión lúcida. Reivindicación del pasado como historia. Los grandes temas aparecen,

sus grandes obsesiones: la muerte como transición hacia la noche, la recuperación de la infancia, la soledad en vigilia del poeta, la ciudad y su apoteosis sombría:

*La ciudad es como un mar que
[recomienza en cada instante
[...]
Colosal pulsación de millones
[en un corazón gigante.
[A una megalópolis, pág. 76]*

La perfección formal de Eduardo Gómez nunca se reduce al lucimiento o al servil cumplimiento de unos cánones retóricos tradicionales. La extrema acuciosidad de sus textos cumple una función combativa, de lucha dramática contra el tiempo y el silencio:

*Calla y escucha, todo te habla
[en murmullos
pues vienes del Silencio y te
[perderás en sus abismos.
[Los mensajes del silencio,
pág. 13]*

De regreso de sus múltiples viajes, Eduardo Gómez nos ofrece *Las claves secretas*, cuarenta y cinco movimientos musicales que constituyen este poemario. Aquí el escritor define, tácita o expresamente, su propio oficio. Esta historia baladesca nos remonta en una "poética alucinada" a las visiones precoces de la infancia, allá, en el valle de Lengupá:

*La música de Bach, Beethoven,
Chaikovski y Schubert (que escuchaba a diario en los discos que mi tío Edilberto ponía en su vitrola mientras se afeitaba y desayunaba)
[...]
Edilberto Patarroyo (en cuya pequeña y selecta biblioteca leí los primeros clásicos como Goethe, Marcel Proust y Anatole France);
la cortés discreción y sutileza de Gustavo Ramírez (bajo cuya dirección se escenificaron dos comedias de Oscar Wilde, y quien me enseñó a interpretar sendos poemas de Rubén Darío y León Tolstói).*

[...] Pero la tierra por antonomasia para cada cual, es aquella región planetaria donde se aprendió

a nombrar el mundo.
[Magazín Dominical, núm. 732, 25 de mayo de 1997]

Los siguientes versos del poeta Rafael Juárez bien podrían definir el itinerario lúcido, la errancia de Eduardo Gómez, ese "viajero innumerable":

*Desde donde nunca he estado
vuelvo a donde nunca he ido.*

PATRICIA VALENZUELA R.

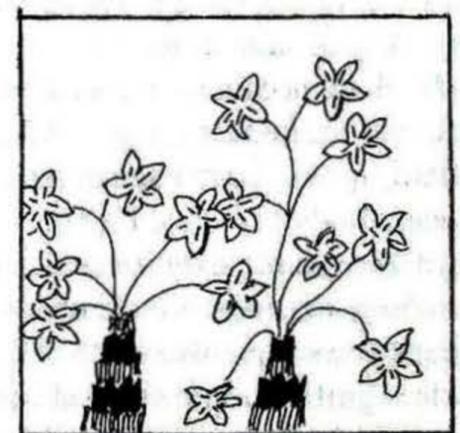
"Quiero tu silueta flotando entre las sombras"

Notas nocturnas

Harold Ballesteros

Ediciones Instituto Distrital de Cultura de Barranquilla, Barranquilla, 1996, 116 págs.

Notas nocturnas, de Harold Ballesteros, es uno de esos libros de poesía escritos más desde las ganas desmedidas de decir cosas, de señalarle asuntos (a veces reproches y reclamos) a la realidad, que desde una actitud auténtica y un verdadero temperamento poético. Esto último es ambiguo y tal vez falaz, pero es, en última instancia, lo que marca las diferencias entre la buena poesía y la que no lo es.



Los lugares comunes matan la poesía, además de demostrar la carencia de ese temperamento, porque inhiben al poeta de la personalidad de su voz. En ello va